

SEMBLANZA DE ALVARO CUNQUEIRO
(Desde el recuerdo)

“Nunca soupen pintar outra cousa que este reino no que nacin, e cuios lindeiros, bosques, fontes, camiños e pousadas digo coa lingua maternal.”

(A. C.)

SABIAMOS que la salud de Alvaro Cunqueiro empeoraba de un modo ineluctable; las noticias que nos llegaban de Vigo y las escuetas notas de prensa así lo aseguraban. Por esta causa en los últimos meses —temiendo lo peor— los homenajes al gran escritor gallego proliferaron. Tal vez, uno de los más significativos fuera su investidura como doctor “honoris causa” por la universidad de Santiago de Compostela. Con todo, la noticia de su fallecimiento el pasado sábado 28 de febrero nos sorprendió tristemente, puesto que, a pesar de conocer su delicado estado de salud, nunca perdimos la fe y la esperanza en una posible curación. Sin embargo, la realidad inexorable de su muerte vino a contradecir toda esperanza. Es, pues, tiempo de recordar.

Gran parte de nuestra infancia y primera juventud transcurrió en la bella ciudad de Vigo. Ello nos permitió conocer a las gentes, el paisaje y, en cierto modo, la lengua gallega, sin todos estos conocimientos el placer que la lectura de las obras cunquerianas aporta hubiera sido menor. Al



mismo Alvaro Cunqueiro lo vimos pasear por las calles viguesas, con una gabardina y un paraguas para protegerse de la persistente lluvia; también solía llevar un periódico ("El faro de Vigo") bajo el brazo, periódico que él dirigió durante varios años. Lo veíamos sonreír y pararse a "echar una parrafada", afición tan gallega, con sus numerosos amigos, empleando la lengua gallega para comunicarse. Quizá, algún paisano en una de esas charlas le contaría una leyenda, arrancada de su memoria, que el propio Cunqueiro almacenaría en la suya con el fin de recordarla en una futura obra.

No nos viene a la memoria el porqué ni el cómo, pero sabíamos que Cunqueiro era escritor, lo cual nos producía una extraña sensación al verlo: una mezcla de temor y respeto, junto con un casi irrefrenable deseo de acercarnos a él para hacerle miles de preguntas, para que nos contara historias de trasgos, meigas, etc. Desde nuestra perspectiva infantil un hombre de letras se configuraba poco menos que como un dios o un héroe de antiguas leyendas, a quien le había sido dada la facultad de conducirse por los misteriosos laberintos de la creación literaria, el poder para moldear las ideas expresándose con belleza y claridad. Desafortunadamente pudo más el malentendido respeto y el temor: nunca nos atrevimos a acercarnos a él para que nos contara historias fantásticas.

Algunos años después, estando ya en otras tierras, comenzó nuestro conocimiento de Alvaro Cunqueiro a través de su obra literaria; desde la solitaria lectura *dialogué* largamente con el escritor gallego.

Alvaro Cunqueiro fue un gran escritor tanto en lengua gallega como en castellana, este asombroso bilingüismo literario es por sí solo una muestra de su valía artística. De todos modos nuestro autor se encontró más libre, más cómodo, al usar su lengua materna debido, quizá, a la variable y menos rigurosa sintaxis gallega. El gallego es una lengua que ha sido hablada durante siglos, en cambio se ha escrito poco. Hay un largo paréntesis que se extiende desde los cancioneros medievales hasta la aparición del *resurximiento* en el XIX.

En este paréntesis, marcado por los dos hitos que acabamos de señalar, aparecen escasísimos monumentos literarios. Ello contribuirá a que en Galicia la tradición oral tenga muchísima vitalidad e importancia. Frente a esta lengua, el castellano goza de una muy larga e ininterrumpida tradición literaria; por ello nuestro autor manifestó siempre que a la hora de escribir el idioma castellano pesaba con más gravedad. De todos modos, fue un maestro en el dominio de nuestra lengua, reconociendo la influencia de



los clásicos españoles, especialmente Cervantes y Fray Antonio de Guevara. A este respecto en una ocasión dijo que "una lengua es buena cuando sabe a pan, a pan fresco."

Algunas críticas, tal vez los que desconocieron durante años su obra literaria al mismo tiempo que aplaudían la novela social de los años cincuenta y sesenta, que murió encerrada en sí misma; quizá los mismos críticos que se constituyeron en paladines de la nueva narrativa hispanoamericana, asombrándose ante los temas de que hacían gala sus escritores: magia, telurismo, aventura, fantasía... ignorando que esos mismos recursos temáticos los había usado Cunqueiro diez años antes; algunos críticos, decíamos, calificaron su estilo de arcaizante olvidando que, como hombre que conocía perfectamente nuestra lengua, fue capaz de manejar las infinitas posibilidades expresivas que el castellano tiene.

El brillante dominio de ambas lenguas lo puso nuestro autor al servicio de su prodigiosa capacidad fabuladora, don del que muy pocos autores han sido depositarios. Cunqueiro definió acertadamente este poder imaginativo al relacionarlo con lo que él llamó *memoria deformante*: la realidad, la verdad no bastan cuando de crear se trata. Las experiencias personales, las múltiples lecturas, los conocimientos adquiridos se van almacenando en la mente del escritor para brotar súbita y mágicamente en el momento de la creación literaria. Pero en virtud de esa *memoria deformante*, la materia narrativa sufre distorsiones, tiempo y espacio se confunden, aparece el *anacronismo*. Quiere decirse que su fantasía literaria se apoya en datos reconocibles, personajes como Merlín, Simbad, Ulises u Orestes —por citar algunos de los protagonistas de sus obras—, pertenecen a la tradición literaria universal. Ahora bien, lo sorprendente, lo mágico, viene dado en gran medida por la especial manera de combinar, en el espacio y en el tiempo, todos los datos recogidos de la realidad literaria o vital. Sin embargo, al fondo de todas las narraciones, como eterno símbolo de fidelidad, siempre aparece el paisaje y las gentes de su país natal.

Así, en "*Merlín y familia*" (1953) presenta al mago de Bretaña viviendo en Galicia concretamente en la selva de Esmelle; por aquellos parajes van desfilando una galería de personajes arrancados todos ellos de la tradición fantástica de su país gallego. En "*Las crónicas del sochantre*" (1956) nos cuenta las aventuras de una banda de fantasmas a los cuales acompaña el sochantre de Pontivy en su peregrinar por la Bretaña, pero cuando Cunqueiro escribió esta crónica no conocía esta región francesa;

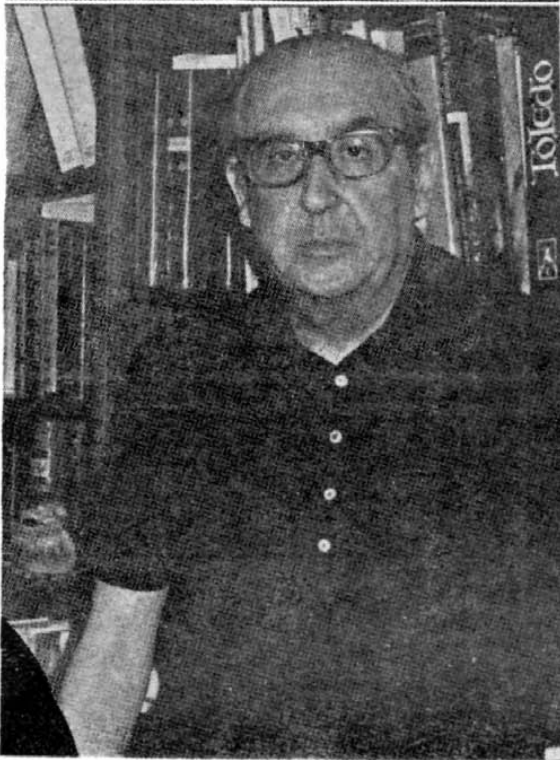


es el paisaje gallego el que sirve de marco a la hueste fantasmal. Las islas griegas que acompañan el fondo paisajístico de su novela "*Las mocedades de Ulises*" (1960) son realmente las pequeñas islas gallegas. Aquel puerto del golfo pérsico que Cunqueiro describe en "*Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas*" (1961) es un pequeño puerto gallego en una de las pequeñas rías del país. El paisaje de Galicia, pues, presente en estas novelas y en otras muchas más. Desde las aldeas situadas en las montañas hasta los pueblecitos pescadores al borde del mar. Todo ello descrito con una enorme sensibilidad, utilizando una prosa sencilla, clara y de una gran textura poética.

Pero, en nuestra opinión, donde Cunqueiro retrató mejor el alma gallega fue en la trilogía compuesta por las siguientes obras: *Escola de menciñeiros* (1960), *Xente de aquí e de acolá* (1971) y *Os outros feirantes* (1979). Se trata de obras constituidas por una serie de relatos cortos, configurándose como historias raras o curiosas con un componente, en muchas de ellas, fantástico. Al igual que hace en sus narraciones largas los sucesos fantásticos son presentados con visos de verosimilitud, el narrador no se sorprende ante nada, asistimos a una *normalización de lo fantástico-maravilloso*. Los personajes de estas historias no se sorprenden porque un caballo o un cuervo hablen, no se admiran al ver a una mujer volando sobre sus cabezas —únicamente llegarán a exclamar: ¡no sabía que era bruja!—, dialogan con una sombra o con un hombre metamorfoseado en paraguas y, así, muchas narraciones más. Bajo esta envidiable capacidad fabuladora nos encontramos en estos relatos con un profundo conocimiento del hombre gallego al cual trata de analizar. En una carta que el autor envió al doctor Domingo García-Sabell cuando ordenaba *Xente de aquí e de acolá* dice textualmente:

"Porque yo terqueo que éstos son retratos de gente de nuestra tribu, y que no podrían ser de otra cualquiera. Quiero decir que hay en ellos —es mi opinión— una onza en cada cual del ser gallego, y repartido entre toda esta gente está casi todo el andamiaje del gallego, están sus varas de medir el mundo, las vueltas de su imaginación, las reviravoltas de sus sueños y deseos, su calidad intelectual, el gusto de la sorpresa, la ironía que hace de un hombre, en un momento dado, un señor rey, y la humildad, la sabrosura de la pereza, el enfermar de lo que no hay, y el morir solo, con su manía y dejarla en herencia, como un tesoro inencontrable...".





En definitiva, una presencia constante y perenne de su país natal en todas sus obras. Hablando de sus gentes, de su paisaje, de su Historia o de su cocina —recuérdese que Cunqueiro fue un gran gastrónomo—. Galicia siempre viva en su memoria y en su obra, por encima de envidias o críticas malintencionadas.

Solamente nos resta decir que estas líneas han pretendido configurarse como un cálido recuerdo a Alvaro Cunqueiro. Muchas, muchísimas cosas se nos han quedado fuera; no hemos hablado de su obra poética o de la teatral, incluso las obras narrativas aquí recordadas suponen una minoría con relación al resto de su producción. Pero no era nuestra intención hacer un artículo de erudición literaria, de todos modos en nuestro caso querer no hubiera equivalido a poder. Nuestro deseo ha sido recordar a uno de los mejores escritores que el siglo XX español ha tenido. Tal afirmación puede que sorprenda a la mayoría, pero llegará la época en que a nadie le sorprenda. En este sentido queremos concluir nuestro recuerdo con un último anhelo: no esperemos hasta el centenario de su nacimiento (momento el de los centenarios en el que se suelen revisar las ideas críticas sobre el autor recordado), no aguardemos a que llegue para colocar a Alvaro Cunqueiro al lado de los más grandes escritores de la Literatura española.

